

1978

Tratado del cólera

Margo Glantz

Citas recomendadas

Glantz, Margo (Otoño 1978) "Tratado del cólera," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 8, Article 15.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss8/15>

TRATADO DEL COLERA

Síndrome viejo, conocido en el Oriente, reiterado en los Milenios que pasan, peregrinos, como aire de siglo que termina. El cólera se desplaza enlazando cuerpos, dejándolos enfebrecidos, con el pulso descompuesto; las cóleras son frías, desnudas de palabra y revientan entre las vocales de las cartas leídas en voz alta, como la carta que el viudo le dirige a Maligna en un trópico ambarino y orinado por el sol. Esta carta síndrome es respuesta a otra carta-tratado de cóleras terrestres, orlada de caracteres escritos a la hora cero de un balcón meridional; sus letras son corpiños y vasos azules, sillas rajadas, vino derramado, sandalias con arena, mesas de mimbre, quejas acumuladas en el debe y haber de la venganza, en el ojo por diente de la charla eterna ocurrida de mañana, de noche, de puerta entreabierta con ventanas entornadas e hijos que pasan por los intersticios. Es un cólera lejanoy desprotegido, sin amarras, con reproches, medicinas, hermanas de la caridad, médicos que mueren al pie de las camas de latón, estilo fin de siglo; cóleras con rencores amotinados, amores viejos y sin recetarios, con platos desportillados y colillas pestilentes. Los labios recuerdan en coma lo que los ojos entrecerrados callan y las señas hablan con desprecios ilegítimos. Se trae a los culpables, a los padres, a los abuelos, a la raza de la prima Angélica, al tío inválido, a todos los hijos de puta que hemos heredado entre las costillas.

Y no se corta la cólera, sigue su morbo, se exalta, sigue dando vueltas, recorriendo Infieraos, perturbado por la fiebre: aparece Francesca, dando vueltas también ella, afiebrada, mientras Paolo escucha, calla, sigue en el remolino y alcanza el libro deshojado; Francesca musita como el viento, su voz crece, convertida en huracán, semejante al Flora, desvastando las costa de Florida, arrojando cigarros, recuerdos, gritos y palmeras.

Sigue encarnizada la conjunción copulativa que ya engendró monstruos, rubia y tierna como damisela de novela histórica. El huracán Dinah sufre los grandes celos de la furia y cubre con cóleras blancas y engomadas los algodones de la cama, cual colépoteros de boca dispuesta a masticar sus propios élitros. El cólera también lo padecen las gallinas, los palomos, los ánades, las aves de cetrería, los faisanes y los fósiles parientes del pez unicornio y los hindúes albinos que caminan con los pies acalambrados derramando a su paso, breve y fulminante, los castigos. Sus rostros azulillos,

sus frentes agudas y los vómitos abundantes los derrengan; por eso, laminados, vuelan con las epidemias y transportan en el aire los bacilos, como Simbad sobre las púrpuras florecidas de sus alfombras volantes. Los hombres furibundos se amansan con el cólera y montan en caballos pleonásticamente adornados con cóleras. Galopan calcinados, amantes, vivos entre la noche llena, milagrosa, declamando maravillas, exaltados de amor y de epidemia, comprando pijamas de terciopelo encarnado, comiendo arroz con leche y oyendo el tic tac de los relojes devueltos al calor de la cólera, agazapada dentro de los armarios. Galopan derribando a las mujeres decentes y a algunas prostitutas, enfundadas en azules camisones, con anclas blancas frente a la ventana, desde donde ven las nieves eternas que no alcanzan a calmarlas. Algunos caballos son trágicos y amansan a la ira y otros propician el saínete; callan cuando pasa la ternura, superan las sonrisas oblicuas, mezquinas y se revuelven en la turbulencia del galope errático, despositándolo en veleros de hondo fondo.

La cólera que canta ese caballo se monta en gatos y carece de elefantes porque nunca los ha visto en su salvaje soledad selvática; apenas los recuerda en las letras impresas de Ceylán, pero no en su paisaje cotidiano. Es un cólera imperfecto, el que se desgaja de las agujas hipodérmicas, el que produce fiebres vespertinas en las habitaciones prósperas de las ciudades pretenciosas, el que permite a sus domeñados habitantes poner el pie en el Oriente sin sentir demasiado la furia blanca y arenosa, fulgurante, como el aliento de un apestado por la IRA.

Margo Glantz